

“Y vio Dios que era bueno”
(Gn 1, 10)



24 de mayo, 2019
IV Aniversario de
Laudato Si'

Lectura de Gn 1,1-5

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y vacía. Había tinieblas sobre la faz del océano, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Entonces dijo Dios: “Sea la luz”, y fue la luz. Dios vio que la luz era buena, y separó Dios la luz de las tinieblas. Dios llamó a la luz “día”, y a las tinieblas llamó “noche”. Y fue la tarde y fue la mañana del primer día.”

Para profundizar

Desde un punto de vista ecológico, el ambiente es el espacio físico, concreto, de la naturaleza en un momento dado; en el cual se produce el intercambio de energía en todas sus formas. El flujo de energía en el sistema terrestre es un regalo completo del sol. La vida fluye desde el sol diariamente y es recibida por el ambiente. No se puede agregar nada humano para desplegar espontáneamente, es decir, naturalmente, la magnífica donación de posibilidades que trae consigo, como el milagro de la vida en sus múltiples formas, en interrelación mutua con el ambiente. Así, el ambiente es, en relación con la manifestación de la vida, el sustento, la posibilidad y el límite. Sin ambiente no hay vida, real y concreta, de ninguna manera. En este sentido, es único y colectivo: cada espacio natural trae sus propias posibilidades, o no, de vida: como se puede ver, por ejemplo, en un valle de los Andes, en una pradera de Illinois, al interior del mar Mediterráneo, en los densos bosques de la Amazonía, o en el desierto de Atacama o de la misma luna.

(Conversión Ecológica. A la espera de cielos nuevos y tierra nueva, N° 1, Agosta Scarel, 2019, Carmelite NGO).

*Detente, y mira a tu alrededor.
Respira lentamente y deja que el ambiente te invada.
Disfruta de la luz, el calor del aire, el sonido de fondo.
Siente el ritmo de tu cuerpo.*

Lectura de Gn 2,4-8

“Cuando el Señor Dios hizo la tierra y los cielos, aún no había en la tierra ningún arbusto del campo ni había germinado ninguna planta del campo, porque el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra ni había hombre para cultivarla. Pero subía de la tierra un manantial que regaba toda la superficie de la tierra. Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra. Sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre llegó a ser un ser viviente. Y plantó el Señor Dios un jardín en Edén, en el oriente, y puso allí al hombre que había formado.”

Para profundizar

En el Génesis, el ambiente de la tierra se presenta con la metáfora de "el jardín", en el cual "Dios coloca al ser humano" para "cultivarlo y cuidarlo" (Gn 2,15). Por lo tanto, las relaciones humanas con la naturaleza, con el ambiente en la tierra, deben ser de tal manera que el trabajo sea realizado como el del administrador a quien se le confía algo. Somos los administradores, ministros, guardianes, de Dios en el origen. La administración implica la gestión consciente y responsable de algo que se confía al cuidado de uno. Recibimos las instrucciones de "cuidar y cultivar" la creación de Dios (Gn 2,15). Es una instrucción ecológica. (Íbid, N° 5).

**“Cuidala y cultívala”
(Gn 2,15)**

**“La manera en que la humanidad trata al ambiente influye en
la manera en que se trata a sí misma, y viceversa”
(Papa Benedicto XVI, Caritas in Veritate, 51)**

*¿Cómo tratamos a nuestros hermanos, y al prójimo?
¿Cómo tratamos a la naturaleza?*

“Amaos unos a otros como yo os he amado” dice Cristo (Jn 13, 34)...

...Con respecto al amor, Él [Cristo] dice que el primer y más grande mandamiento es amar a Dios, pero el segundo, como aquél, es amarnos unos a otros. Ahora, al igual que el amor de Dios nos hace amarnos unos a otros en Dios y por medio de Él, también debe decirse que al amar a Dios también necesariamente amamos lo que Él ama, extendemos nuestro amor a la naturaleza como Él la ha querido y creado. El uno está conectado con el otro y el uno conduce al cumplimiento del otro. El amor a la naturaleza nos ayuda a amarnos unos a otros y también a Dios de una manera más noble y profunda...”

(Bt. Tito Brandsma, Nimega, 4 de octubre, 1936)

Ora con el Papa Francisco, en la visita al Memorial del Yad Vashem, 26 de mayo, 2014.

“Adán, ¿dónde estás?” (cf. Gn 3,9). ¿Dónde estás, hombre? ¿Dónde te has metido?... Esta pregunta contiene todo el dolor del Padre que ha perdido a su hijo. El Padre conocía el riesgo de la libertad; sabía que el hijo podría perderse... pero quizás ni siquiera el Padre podía imaginar una caída como ésta, un abismo tan grande. Ese grito: “¿Dónde estás?”, aquí, ante la tragedia inconmensurable del Holocausto, resuena como una voz que se pierde en un abismo sin fondo... Hombre, ¿quién eres? Ya no te reconozco. ¿Quién eres, hombre? ¿En qué te has convertido? ¿Cómo has sido capaz de este horror? Qué te ha hecho caer tan bajo? No ha sido el polvo de la tierra, del que estás hecho. El polvo de la tierra es bueno, obra de mis manos. No ha sido el aliento de vida que soplé en tu nariz. Ese soplo viene de mí; es muy bueno (cf. Gn 2,7). No, este abismo no puede ser sólo obra tuya, de tus manos, de tu corazón... ¿Quién te ha corrompido? ¿Quién te ha desfigurado? ¿Quién te ha contagiado la presunción de apropiarte del bien y del mal? Quién te ha convencido de que eres dios? No sólo has torturado y asesinado a tus hermanos, sino que te los has ofrecido en sacrificio a ti mismo, porque te has erigido en dios.

Salmo 51, una oración para la purificación y el perdón